

## **XXI. INFLUENCIA DE LOS GOCES DOMÉSTICOS**

De los tejados de la aldea suben columnas de azulado humo que, como nubes de incienso, se levantan de cien corazones satisfechos en la paz del hogar.- LONGFELLOW.

De familias pobres eran los más felices hogares que vi en mi vida. No estaba el suelo alfombrado, ni de las paredes pendían costosos cuadros, ni se veían piano, biblioteca y obras de arte; pero, en cambio, había paz, contento, satisfacción, desinterés y cada cual contribuía en lo posible a la felicidad de todos, esforzándose en compensar con su inteligencia y afabilidad la pobreza de su situación.

Lastimoso espectáculo es el del hombre que sólo se ocupa en amontonar riquezas sin atender al verdadero fin de su vida, que es la expansión de la propia individualidad, para compartir con su esposa e hijos la dicha del alma.

Con oro pueden adquirirse alhajas y palacios; pero no se puede comprar ni construir un hogar. Los espirituales tesoros de ternura, abnegación, amabilidad y paz transforman las más humildes moradas en suntuosos alcázares del corazón.

El recién casado ha de tener en cuenta que si la mujer se sacrifica por el hombre a quien ama, debe él evitarle inútiles disgustos. Si los cónyuges tuvieran este mutuo cuidado, quedarían en vacación forzosa los tribunales de divorcio.

Suelen figurarse los maridos que son superiores a sus mujeres porque sostienen la casa, y les parece mayor habilidad la de ganar dinero. Sin embargo, mucha parte del éxito corresponde al tacto, discreción y tino con que la esposa mantiene la felicidad del hogar, cuidando de que su marido esté siempre bien dispuesto para el trabajo, preservándole de la disipación y demás siniestras influencias que, si por ella no fuese, quebrantarían su aptitud y aminorarían su eficacia para ganar el sustento de la familia.

Muchos maridos deben al cuidado de sus esposas la salud de que disfrutan, el normal ejercicio de sus facultades y el bienestar económico de que gozan. Un hogar modelo es la mejor escuela para el hombre, pues le mantiene en dignidad de conducta y le libra de la tristeza y el desaliento, robusteciendo los elementos afectivos de su naturaleza y dando a su carácter mayor fortaleza y equilibrio. La valía personal del hombre sube de punto por la influencia de la paz y concordia del hogar doméstico.

He conocido y conozco mujeres que, sin pretensiones de fama y nombradía, labraron con sus insinuaciones la reputación de célebres estadistas; y otras hay cuya auxiliadora influencia sobre el marido es tan oculta, que ni él mismo la advierte.

Se ha dicho que el matrimonio es un episodio en la vida del hombre y toda una época en la de la mujer, porque muchos maridos no aman a sus esposas tan ardientemente como ellas a ellos, y una esposa abnegada perdona prontamente cualquier desliz de su marido, cuyo amor, en cambio, se despega con mayor facilidad que el de la esposa, que ama lo mismo que antes que después del matrimonio.

El hombre no ama con igual intensidad que la mujer. Su amor es más egoísta. Pero cuando una mujer honrada entrega su amor es para siempre y no ama por egoísmo, ni su afecto depende de los atractivos personales del hombre, como éste lo busca en ella.

Verdad es que las casadas cometen a veces el fatal error de no cuidar de su persona tan atildadamente como antes del matrimonio, pues se figuran que pueden conservar el amor de su marido por sus méritos intrínsecos, sin miramiento a sus personales encantos, aspecto y vestido.

Quien esté disgustado de su vida marital, haga examen de conciencia por ver si le cabe o no buena parte de la culpa. No tiene la mujer estímulo para el amor conyugal cuando su marido no detiene la vista en ella ni se fija en cómo va arreglada, a no ser para criticar su atavío. No es fácil que sea decidora y animada la mujer que, por toda respuesta, recibe de su marido desaires y refunfuños. Por sí sola no puede labrar la dicha doméstica.

¿Por qué hemos de hablar a nuestra esposa en un tono que no nos atreveríamos a emplear con ninguna otra mujer? Sed cariñosos y amables; dejad de ser reparones, y advertiréis la eficacia del buen trato.

Dice a este propósito Dorotea Dix, que la alabanza estimula el corazón y que el vituperio lo deprime.

A lo que añade Ella Wheeler Wilcox:

*Si supieras que tu mujer había de morir dentro de un mes ¿cómo te portarías con ella en aquellos treinta días? ¿Te enojarías por tonterías, por el retraso de la comida, por una equivocación en acudir a determinado lugar en hora dada y te mostrarías irritado y hostil contra la compañera de tu vida? Seguramente que no. Por el contrario, la tratarías con amabilidad y cariño al considerar que pronto se iba a ocultar de tu vista aquel rostro y apagarse para siempre en tus oídos aquella voz. Verías en ella todas las cualidades; te acordarías de cuando erais novios y tendrías para sus faltas las mismas excusas que en aquella romántica época...*

*¿Por qué no emplear la misma suavidad, el mismo afecto y cortesía con el cónyuge en situación de vivir veinte años más, que con el que ha de morir muy luego? Cuando los consortes están debidamente unidos, la verdadera novela empieza el día de la boda.*

La mayoría de los hombres no se percatan de cuán poco cuesta labrar la dicha de una mujer. Si sus afectos están satisfechos, soportará toda clase de privaciones y formará un hogar tranquilo con los suaves sentimientos de su corazón; pero si padece sed de amorosa correspondencia, se irá marchitando y nada podrá satisfacerla, aunque viva en un palacio y esté rodeada de regias suntuosidades. No hay oro bastante a compensar la falta de estimación y afecto que nota en su desatento marido.

Todos los recién casados habrían de proponerse vivir modestamente y mantener no sólo el amor conyugal, sino su manifestación, exteriorizada en mil delicadas y solícitas atenciones. En la dicha del hogar está la fuerza del matrimonio. Porque no sólo el sentimiento, sino su conformidad con las acciones, se ha de tener en cuenta para la armonía y satisfacción conyugal. Un marido discreto evitará todo ro-

zamiento ocasionado a disputas, y al efecto, no hay medio mejor que dejar a la mujer el gobierno de la casa con tanta libertad como el marido se las compone en sus negocios sin injerencia de la esposa. El hogar ha de ser el imperio de la mujer, que debe gobernarlo según sus luces. Aunque, cuando lo considere conveniente, pida consejo al marido, el hogar es de absoluto dominio de la esposa, con tanta independencia como el marido en la esfera de sus negocios. Gran número de las desavenencias conyugales se promueven por cuestiones de dinero y pudieran evitarse con sólo poner de común acuerdo un poco de orden en el presupuesto doméstico.

Pocos hombres hay que sepan administrar la hacienda doméstica con tanta discreción y tino como la mujer laboriosa. Afortunadamente, se va extendiendo la costumbre de que los maridos entreguen a sus mujeres, semanal o mensualmente, la cantidad necesaria para el porte de la casa y el pago de alquiler, criados, ropa y manutención, sin pedirles cuentas del empleo ni que por tal motivo surjan disturbios. La esposa se complace en su independencia y de este modo no es tan fácil que se perturbe la armonía conyugal, como cuando el ama de casa ha de pedir el dinero a medida que lo va necesitando. Si la libertad y el gozo son patrimonio de la esposa, llegarán también a ser herencia de los hijos, y una niñez feliz es eficacísima preparación a una feliz virilidad.

Muchos padres de familia son en demasía rigurosos. ¿Por qué no dejan jugar a los niños con todo el júbilo de su corazón? Bastante habrán de luchar más tarde con las asperezas de la vida y los obstáculos del mundo. Démosles, al menos en el hogar, tanta felicidad como sea posible, de modo que si algún día les acomete el infortunio recuerden de su niñez la casa paterna y la vean, en la evocación de pasados tiempos, como un ameno, hermoso y encantador oasis de su vida, como el lugar más dichoso de la tierra.

Muy conveniente es proveer al hogar doméstico de agradables entretenimientos y honestos solaces, porque si los chicos van sueltos por las calles no aprenderán más que vicios y malicias. El hogar ha de ser una especie de escenario para toda clase de juegos y deportes in-

fantiles en que los niños tomen parte principal, con la prudente intervención de las personas mayores, pues la experiencia demuestra que tras tarde de bullicioso juego duermen los niños mucho más descansadamente y se les despeja la cabeza para trabajar con mayor ardimiento al otro día. Todos hemos sentido los poderosos alientos, la maravillosa consolación, el rejuvenecimiento y refrigerio dimanante de un alegre rato de asueto con la familia y los amigos después de un fatigoso día de trabajo. ¡Cuán poderosamente influye una hora de expansión doméstica en los ánimos fatigados!

No dejéis a seros posible, de tener música en casa, porque la música restaura y mantiene el equilibrio moral y es excelente medicina de las enfermedades nerviosas y mentales.

Dice sobre el caso Platón:

*La música da alma al universo, alas a la mente, vuelos a la imaginación, consuelo a la tristeza y vida y alegría a todas las cosas.*

La felicidad ha de tener su origen en el hogar. La familia, reunida a las horas de comer, debe rebosar de satisfacción y contento, que serán la mejor salsa y aderezo de los manjares, cuyo provecho en la salud del cuerpo contrastará con las dolencias que provienen de una comida siniestramente acompañada de pependencias y sinsabores. Todos los individuos de la familia han de considerar la mesa como un lugar de gozosa expansión y cordial esparcimiento del ánimo entre regocijadas y donosas pláticas.

¡Quién fuera capaz de imaginar lo que la civilización debe al anhelo del hombre de tener hogar propio! ¡Cómo le han estimulado al trabajo en todos los tiempos y países! Por este anhelo perseveran los jóvenes en el trabajo y recobran alientos cuando empiezan a notar decaimiento de ánimo. La imaginativa representación del hogar, de un pequeño cortijo a cuya puerta espere su linda compañera, ha sido siempre el incentivo de la lucha por la existencia. El sueño de la “casa propia” ha sacado de la oscuridad a multitud de jóvenes y ningún espoleo hubo en el mundo tan vivamente eficaz como la esperanza del hogar independiente. El pensamiento de su casa, su esposa y sus hijos, más queridos para él que la misma vida, mantiene al hombre sujeto a la

espinosa labor cotidiana cuando no ve otra luz en lontananza. Para muchísimas gentes el hogar es el único oasis en el desierto de su vida.

¿Qué no hace el hombre para constituir familia? Cruza los mares y explora los continentes; soporta el calor de los trópicos y el frío de los polos; mina el suelo en los yermos y vive durante años lejos de las gentes civilizadas. El hogar es la más dulce palabra de un idioma y siempre fue tema predilecto del poeta, el dramaturgo y el artista. La historia abunda en hazañas de hombres anhelosos de hogar propio.

La mitad de las miserias del mundo podrían evitarse, si las familias se resolvieran a tener en casa copiosa variedad de entretenimientos, en vez de buscarlos fuera.

Niños y jóvenes apetecen irresistiblemente los juegos y diversiones, de modo que si los encontraran en el hogar no sería difícil mantenerlos gustosos bajo el techo paterno.

A mi entender, hacen mal los padres que por las noches llevan a los niños a cualquier sitio de diversión, donde les parece que han de pasar un buen rato. Por el contrario, el hogar alegre y dichoso es el más poderoso imán para niños y hombres. La sagrada memoria del hogar ha salvado a muchos de la abyección y del crimen.

El esparcimiento de ánimo es la mejor medicina, no sólo para los niños, sino también para los padres. Dádsela a grandes dosis, pues, además de ahorrarnos muchas visitas de médicos, acrecentará su dicha y multiplicará sus posibilidades de éxito en la vida. No necesitaríamos tantas cárceles, asilos y hospicios, si todos los niños tuviesen niñez dichosa.

Los lemas del hogar dichoso han de ser:

*“Para el descanso y la felicidad.”*

*“No se permite la entrada a las desazones del negocio.”*

Los goces de la familia son para el bien la palanca más poderosa del mundo.